

# LA MANTILLA

**E**scribir sobre la mantilla en Gran Canaria, en plan resumido, es siempre un tarea comprometida, puesto que resulta difícil concretar toda la enorme y rica historia de dicha prenda.

Las primeras noticias de la mantilla en Gran Canaria datan de finales del siglo XVI, donde se la conocía como “mantellina”. Era de tela fuerte, bayeta o paño, y de varios colores, destacando el uso del color rojo. Su uso comenzó a extenderse en el siglo XVII, aunque no se generalizó hasta más tarde, especialmente durante el reinado de Carlos III (1716-1788), es decir, el siglo XVIII. La política exterior llevada a cabo por el rey, facilitó el entendimiento y el comercio con Francia, cuna de la moda en aquella época. Esto se tradujo en un notable desarrollo de las manufacturas de mantilla. La mantilla conoce entonces un gran esplendor, destacando dos tipos bien diferenciados de mantilla, con características e historia muy distintas. Por un lado, “la mantilla de tela”, y por otro, la conocida como “mantilla de encaje”. Analizaremos la evolución de ambas formas de mantilla por separado. (Figura 1).



FIGURA 1



FIGURA 2

## MANTILLA DE ENCAJE

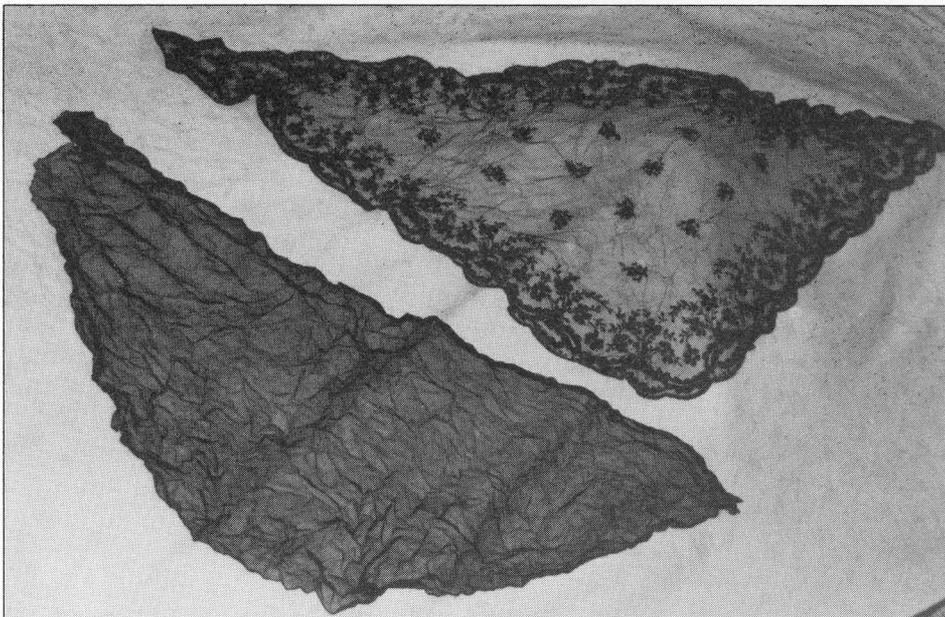
Durante el siglo XVIII tienen lugar en toda España una serie de cambios económicos y sociales que afectarán muy profundamente a ciertos usos y costumbres, extendiéndose a partir de entonces por las comunidades rurales una serie de modas generales que adquirieron pronto tanto arraigo como vigencia histórica. Es entonces cuando la “mantilla de encaje” y otros géneros se asienta en toda España y, cómo no, llega también a Canarias. La mantilla de encaje fue usada en los centros urbanos de Gran Canaria entre la clase media y alta como parte fundamental de su vestimenta, tanto así que no salían a la calle sin estos velos, como bien nos recuerda George Glas en su “*Descripción de las Islas Canarias, 1764*”. (Figura 2).

La mantilla de encaje, comúnmente conocida como “española”, tenía forma rectangular (aproximadamente 2m. x 0,8 m.) que se confeccionaba con encajes de seda, bolillos, madroños, chantilly, tules y gasas. Estas manufacturas venían de Cataluña y Almagro (Ciudad Real) esencialmente, y las famosas labores de chantilly de Francia. Siempre en color crudo o negro.

Esta mantilla se llevaba siempre con peineta de teja, llamada así por su forma, que se realizaba con fino nacar artísticamente calado. La mantilla una vez colocada sobre la teja se sujetaba con grandes alfileres de cabeza y un broche.

Durante el siglo XIX decae su uso de tal manera que a principios del actual su uso se limita a actos puramente religiosos como procesiones de Semana Santa y Corpus. Destacando en Gran Canaria la mantilla blanca en la procesión de San Juan, en Arucas, y la mantilla negra en la Semana Santa de Las Palmas de Gran Canaria.

En la década de los 30, se pone de moda nuevamente esta mantilla y surge una variante o derivación de la misma, hablamos del “clarín”. Realizado con los mismos materiales y usando las mismas técnicas, el clarín era de forma triangular y de menores dimensiones. Su uso, junto a la utilización del velo, se hizo obligado desde la postguerra hasta los años 70 para asistir a actos religiosos y como señas de luto. (Ver figura 3).



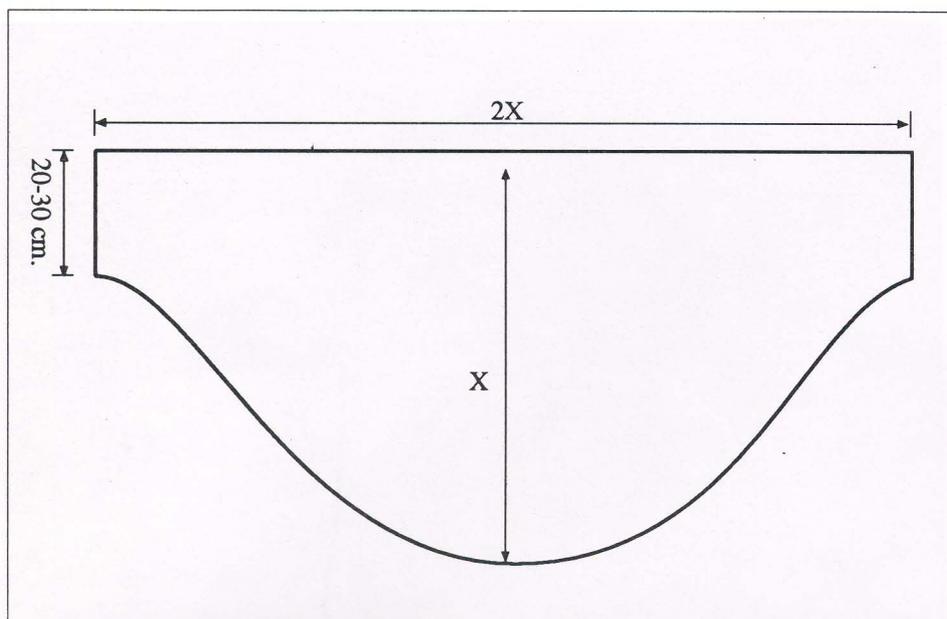


FIGURA 5

## MANTILLA DE TELA

La mantilla de tela conocida como “mantilla canaria” fue la evolución de aquellas primitivas mantillas de paño y bayeta del siglo XVII. En el siglo XVIII su caso se extendió de tal manera que se convirtió en la prenda femenina más generalizada en Gran Canaria. Creó un estilo y manera de vestir que se conoció como “Tapada”, nombre que le viene de la forma de colocar dicha prenda que cubría, tapaba, el rostro de la mujer. La “Tapada” o típica mantilla canaria, según el viajero inglés Alfred Diston Del, recopilador de muchas costumbres de la época, era la prenda usada por las mujeres de clase media en las principales ciudades y pueblos de Gran Canaria. También era usada por las mujeres de la clase alta para ir de incógnito a tiendas y otras partes. (Figura 4).

Las telas rudas y fuertes del siglo XVII, gracias al comercio exterior, fueron cambiando por damascos, lanillas, anascotillos, muselinas, holandillas, grisetos y finas sedas. Los colores más usados durante los siglos XVIII y XIX, fueron el negro, blanco y rojo, aunque según las localidades destacan los azules y verdes.

La mantilla canaria tiene forma de media circunferencia con dos laterales que cubrían la parte derecha e izquierda respectivamente, del busto de la mujer, (Ver figura 5).

Durante el siglo XIX la mantilla se usaba guarnecida en sus bordes, con ancha cinta de raso de color claro, detalle que podemos observar en grabados de la época. (Figura 6).

Con la Revolución de 1868 en España, se impuso el uso del sombrero. Con esta moda la mantilla canaria conoció una nueva época. Nos encontramos con mantillas tocadas con una cachorra que se fabricaban en Arucas y Guía, y que según Víctor Grau-Bassas, recopilador de usos y costumbres de la población campesina de Gran Canaria, eran de alas más cortas que las de los hombres. Aunque la utilización del sombrero junto con la mantilla era usual ya en el siglo XVIII. (Figura 7).

Desde finales del siglo XIX se introducen en Canarias unos cambios en la



FIGURA 6



FIGURA 7

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2010

vestimenta que van a transformar nuestra manera de vestir por formas más europeas, abandonando la tradición reinante. Ello es debido, en gran medida, al comercio de manufacturas textiles inglesas y catalanas, sobre todo, que no encuentran competencia con las manufacturas canarias, más costosas y rudimentarias. En la mantilla esto se transforma en el abandono progresivo de las telas, hasta ahora utilizadas, y la reducción a dos colores de mantilla, la blanca (cruda) para las jóvenes y la negra para el luto. Y, a cambio del tejido usado, se introducen tejidos como viscosillas, lanillas, bengalinas y beatillas. Debido a la calidad de estas nuevas telas, en algunos lugares, a la mantilla se le une un refuerzo en el casquete para proteger esta zona por donde comúnmente se engacha con alfileres la mantilla. (Figura 8).

Ya entrado en el siglo XX, el uso de la mantilla se reduce a prenda para asistir a misa que se lleva con un alfiler bajo el mentón, o bien sin nada. Poco a poco, a medida que avanza el siglo su uso casi queda extinguido. Aunque curiosamente aún encontramos alguna anciana que la lleva a misa por costumbre, o en algunas procesiones.

La mantilla es la prenda femenina más importante y característica de nuestra vestimenta tradicional. Muchas son las personas que guardan celosamente la mantilla de la abuela cargada de historias y recuerdos de un pasado no tan lejano.

DOMINGO PÉREZ NAVARRO



FIGURA 8